



# Soledad del universo

Antología de cuentos de ciencia ficción

# SOLEDAD DEL UNIVERSO

Antología de cuentos  
de ciencia ficción

Código génesis.....	3
Capítulo cero.....	5
El espiral habitado.....	8
El código del almacén de almas.....	12
Por amor nace el infierno.....	17
Prueba de infidelidad.....	21

## CÓDIGO GÉNESIS

**H**as pensado ¿dónde se encuentra el germen que podría destruir a la humanidad?

Esta antología de cinco cuentos, escritos por mujeres estudiantes de la Licenciatura de Creación Literaria en la UACM, harán que te adentres de manera muy particular a la ciencia ficción.

Este género literario es un territorio donde la imaginación especulativa se cruza con la reflexión filosófica de la identidad del ser humano. No es solo un género narrativo; sino un laboratorio de ideas que nos permite cambiar la realidad explorando futuros posibles. Cuestionar la existencia de Dios, interrogar el poder del conocimiento y examinar los límites del control humano sobre su realidad. Además, se indagan las formas en que lo individual, lo colectivo y lo trascendente se entrelazan en la construcción de sentido. Los relatos reunidos nos invitan a pensar si el ente creador del ser humano engendra también su propia destrucción, y hasta qué punto el individualismo nos aísla de la realidad concreta.

Alguno de los cuentos que aquí se presentan encarnan esa tensión: un guardián solitario que vigila los restos de una civilización perdida, descubre que su misión es preservar la memoria de un fracaso colectivo; por otro lado, una máquina diseñada para erradicar la desconfianza entre los seres humanos revela, que paradójicamente, la fragilidad de nuestra necesidad de control.

Más allá de su dimensión narrativa, esta antología ofrece un ejercicio crítico y poético; un espacio donde la literatura se convierte en espejo de nuestras inquietudes más profundas. El lector encontrará no sólo historias, sino también preguntas que lo acompañarán en su propia búsqueda de sentido.



## Capítulo cero

María Eugenia Molina Vivas

**S**e menciona que el origen de todo fue hecho por una explosión. Desde cierto momento, comenzó a expandirse y a estirarse. A medida que las partículas se expandieron, se enfriaron y crearon nuevos grupos celestes que, con el tiempo, se convertirían en las primeras estrellas y galaxias. La verdad de este origen es mucho más extraña, es decir, todo inicia con Kurasa, un ser que era único; no había nada, solo él. Se cuestionaba su propia existencia: ¿Realmente existe esta soledad? Pensaba que no podía existir la nada, que no debía ser el único. No creía soportar la melancolía; era demasiado grande. ¿Podría haber vida? ¿Qué es la vida? ¿Él estaba vivo? ¿Sería un misterio? Pensaba y pensaba.

Mientras meditaba en aquello, comenzó a explorar su forma. Encontró algo curioso en su cuerpo: una bola de fuego que tomó y luego comenzó a moldear a una forma distinta de él, haciéndola ver como una mujer. Ella era brillante. Kurasa la nombró Hiraki. De pronto, él extendió sus manos para abrazarla y sentir su calor. Ambos comenzaron a entrelazarse entre blanco, negro, azul y rojo, haciéndose uno.

El universo se hallaba en un estado de muy alta densidad y temperatura, y ellos tenían deseos de tocarse y besarse. Entonces, surgió la expansión inicial. El universo comenzó a enfriarse lo suficiente para permitir la formación de partículas subatómicas y más tarde de átomos. Nubes gigantes de estos elementos primordiales se unieron más tarde debido a la gravedad y formaron estrellas y galaxias.

Estos dos seres tuvieron un bebé; lo nombraron Omoikane. Después de sesenta días ambos desaparecieron, dejando solo al niño, aquel ser que se hizo Dios todopoderoso.

Mientras el Dios averiguaba cómo utilizar sus poderes, surgía en él la pregunta: ¿qué es esta soledad? Por lo tanto, decidió crear

una esfera que contenía 71% de hidrogeno y un 27% helio. Era su esfera para alumbrar ese lugar; la nombró Eiki.

Comenzó a crear otros planetas. Kenzo era pequeño y rocoso; su atmósfera era densa: atrapaba el calor, por lo cual era tan caluroso; tenía una superficie activa que incluía volcanes; giraba en dirección contraria a la de Eiki y a la mayoría de los otros planetas. Aoi era el más pequeño; era muy denso, su estructura interna estaba dominada por su enorme núcleo de hierro; al ser el planeta más cercano a Eiki, experimentaba variaciones extremas en la temperatura de su superficie, que oscilaban entre los -180 grados y los +430 grados. Aoto estaba compuesto por una espesa mezcla con agua, amoniaco y metano sobre un centro sólido del tamaño de la Tierra; su atmósfera se componía de hidrógeno, helio y metano; el metano le daba a Neptuno el mismo color azul de Urano; Neptuno tiene seis anillos que no se ven fácilmente. Emi era un gigante de hielo, en vez de un gigante de gas; estaba compuesto, en su mayor parte, por hielo fluido sobre un núcleo sólido.

Entonces el Dios se dijo que cada planeta debía tener un ser similar o igual a él. No comprendía exactamente su función, no obstante, de su cuerpo sacó unas bolsas formadas de ADN y proteínas. A estas bolsas las llamó células que tendrán la información genética para crear un ser vivo similar.

En el planeta Aoi, realizó un ser que podía resistir las fuertes horas de calor. Primero comenzó a dividir las células; en las divisiones celulares, el cromosoma presentó su forma más conocida: cuerpos bien delineados en forma de X, debido a su alto grado de compactación y duplicación. Y de pronto, se formaron los seres que contenían 36 cromosomas. Los bautizó como Mokusei, seres en forma de piedra, pero no similares a él.

Decepcionado, el Dios decidió experimentar con el planeta Kenzo. Volvió a dividir algunas células para crear el ser adecuado para quitarle la soledad. Cada célula organizada se visualizaba como una maraña de hebras delgadas. De pronto, comenzó el proceso de duplicación y división del material genético. Esa maraña de

hebras inició un fenómeno de condensación progresivo que permitió visualizar cada uno de los cromosomas. Era tan magnífico y bello que él pensó que ese ser podía ser el indicado. Contenía 104 cromosomas y era tipo cangrejo. Los llamó Wakusei.

¿Cuál planeta sería perfecto? Respiró hondo para calmarse y decidió intentarlo de nuevo en el planeta Aoto. Se metió hasta el fondo de su cuerpo para el siguiente ser. No obstante, la siguiente creación resultó muy mutable: 30 cromosomas, con 16 macrosomas y 14 microcromosomas. Los pares 2 y 3 eran metacéntricos; los pares 1, 6, 7 y 8 submetacéntricos, y los pares 4 y 5 acrocéntricos. Surgieron seres con escamas y altamente peligrosos. Los nombró Taiyo.

Cansado de tales decepciones decidió alejarse, pero mientras se alejaba, esa emoción le abrazaba con sus manos heladas. Decidió seguir creando hasta encontrar al ser perfecto. Recuperó la cordura y eligió el siguiente planeta para seguir experimentando. Observó el planeta Emi. Entonces colocó sus manos y las comprimió con fuerza para construir un ser adecuado y no imperfecto, un ser igual a él. De sus manos salieron unos tentáculos viscosos y vio que era un calamar con 63 cromosomas.

El dios iba despacio y sin esperanza de crear algo adecuado a sus expectativas. Decidió tomar dos planetas más para seguir experimentando. Tomó un planeta y miró su color rojo llamativo y decidió crear desde su nuca un ser que volara. Todas las células se separaron, multiplicándose hasta que 52 cromosomas salieron de él. El nuevo ser tenía forma de ave.

**María Eugenia** estudia creación literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella piensa que tanto en la literatura como en el anime todo es posible. Eugenia es noble, sociable y participativa; siempre está buscando cómo apoyar a sus compañeros.

## El Espiral Habitado

María Eugenia Molina Vivas

**E**l caracol dividido por zonas: los ricos viven por el área del centro, donde se alejan de las ruinas de la vieja ciudad, lejos de las basuras tóxicas, mientras que los demás están distribuidos a los alrededores donde viven los ricos; se les conoce como Painita.

La zona tres Serendibita está rota; es una pesadilla sin fin. Los rostros de los habitantes son el reflejo de malos algoritmos; sus edificios con pulsos descubiertos y redes son las fachadas de medusas peligrosas; sus rostros son espejos de luz sin brillo. Vivir no es vida, es solo existencia. A las orillas de todas las ciudades existe la jadeíta, una herida existente, la memoria que cuenta la historia de la pérdida de agua. En ese lugar no fluye el agua, no moja las piedras rojas; los que viven están sedientos. Muy rara vez el agua impura levantaba el charco de la escoria, la ciudad incolora.

En conjunto, todo es el caracol. Desde la ciudad Painita se mira bien el edificio de miles de televisiones. Una bella sombra fugaz y profunda se alza entre tantos circuitos despiertos, rodeada de torres llenas de pantallas. Los lujos son el fulgor en esta ciudad de movimiento; a pesar de eso, existe un silencio frío y duradero.

No obstante, la silueta toma forma de una mujer. Aquella alma se desconecta de la red. Bajo las luces del cielo nocturno artificial, la ciudad perfecta, junto con los apartamentos, la mujer tintinea su copa vacía. Poco a poco suena una banda sonora de dolor; la perfección sumerge a sus habitantes en la locura. ¿Qué se esconde en este lugar? Será el olvido de un valor. Los habitantes tienen tanto que comprar, pero las personas están condenadas ante su diosa tecnológica; vagan por estas habitaciones.

Mientras en Grandidierita, desde los brillos fosforescentes, la demencia es un susurro; es el código que siempre se lee. Aquí se busca la llamada utopía, aquel paraíso prometido. Con la tecnología se implantaron sonrisas, haciendo olvidar el miedo de un mundo



real, pero hubo una falla en el programa que los ha convertido en máquinas para la ciudad. Son piezas para servirle a la ciudad; sus vidas son la nutrición del mecanismo, una ciudad que es máquina; parece más una cárcel. Todo tiene que simular y alimentar a la red; no existe el cansancio, no existe gente, solo piezas, manos que trabajan para que funcione completamente el caracol.

El programa dicta y ordena obediencia total porque busca la riqueza de la Painita. Entonces se les borra la memoria y el instinto; dejan de ser humanos para servirle el vientre de acero del caracol diario; de día y de noche son engranajes que giran.

La zona tres se quedó sin ritmo y el algoritmo es una arquitectura en el olvido. Por las avenidas, los cables azules, rojos, naranjas y amarillos y los zumbidos de las redes se apagan y se encienden solas. Desde los rincones de las medusas, los ecos de los servidores susurran o murmuran en los ductos agrietados.

Desde arriba, los focos que simulan el cielo parpadean códigos sin razonamiento; son espectros que consumen el polvo y el óxido, interrogando sus sonrisas proyectadas por los antiguos modelos digitales en cada rincón de la ciudad. Es desecho de las grandes ciudades, Painita y Grandidierita.

Los algoritmos genéticos fallidos replican con lentitud los vehículos eléctricos que forman las barreras y las puertas abiertas que dan el grito más silencioso de la ciudad Serendibita. A las pantallas táctiles cubiertas por los humos de la contaminación se les olvida la memoria de aquella matriz urbana.

Ellos deben ser los asistentes para la primera ciudad y son la unidad de potencia de los drones de reparto a las ventanillas de los ciberespacios; no obstante, carecen de energía; su fibra óptica está en los subsuelos. ¿Ellos qué son? Es la pregunta de cada año, cada mes y cada día.

Ellos no son felices, no son eficaces, no son productivos; son imperfectos, son sucios y están entre lo real e irreal de las ciudades. La ironía es la única cordura que les queda y sobra. Sabrán que son el error que aún tienen lo animal, mientras que su decadencia se

sube en las nubes artificiales. El tiempo será su amigo, que un día les ayudará a transmitir su existente error ante el caracol; ellos serán los espejos inteligentes.

No existe señal, no quedan cables, es imposible. Solo el grito de una ciudad que nadie recuerda; la tecnología huyó al centro del corazón, se lo llevó el aire tóxico. En este lugar el hambre tiene piernas; cada habitante revisa a los basureros, que son los regalos de la diosa tecnológica y las sobras de las demás ciudades.

Lo que se considera desperdicio ayuda a las ruinas para reparar lo roto. Poco a poco, la raíz de jadeíta se incorpora y los niños juegan con las piedras rojas, lo único que es real y verdadero; sus risas envuelven cada rincón del lugar; sin embargo, para las demás ciudades son fantasmas.

Las noches y los días no se diferencian, pero no impide los sueños del futuro con progreso. Se sueña con abundantes platos de comida y una verdadera paz. La llegada tecnológica, científica y robótica mató a los vivos; también mató un mañana y lo que se ve en cada rincón del caracol es solo un hoy duro, seco y sin piedad. Y un día volverán los ríos de la verdad porque ahora son charcos sucios y malolientes, y sus pensamientos llenos de fe piden y suplican que alguien apague los servidores estáticos y que derroten a la diosa que alguna vez fue una salvadora, una guía ante el adiós del mundo. Es el fin.

# El Código del Almacén de Almas

María Eugenia Molina Vivas

**R**ecuerdo un código extraño grabado en la pared de mi confinamiento: 5102545. Mi memoria inicial es la del Hombre Extraño. Con herramientas frías, sin dudar, diseccionaba una de mis extremidades. Yo solo era una cosa, un proyecto. Finalmente, comprendí mi propósito y la naturaleza de mi prisión: lo que estaba frente a mí no era una pared, sino una “Vagina Robótica”, la máquina de la creación. Su función era mantenerme con vida, no como un ser, sino como el almacenamiento para un alma. ¿Qué es un alma? No entendía la pregunta, pero sí sabía que poseía una. Cada noche, la sentía más desfigurada por los actos del Hombre Extraño. Me quedaba una orden, una voz constante de mi Creador: “Destruye la oscuridad. Nunca me perdones. Solo destruye.”

No sentía sinceridad en sus palabras. Cerraba mis ojos día tras día para evitar el sufrimiento, para no sentir la agonía desconocida. Los días se convertían en semanas y perdí lo que se llamaba humanidad. Mi creador me había quitado los únicos regalos del mundo: la muerte y el tiempo.

Un día, abrí los ojos y vi a otro ser. Era casi idéntico a mí, pero radicalmente distinto. Su presencia era cálida, muy cálida. Su alma, a diferencia de mi vacío, era brillante como un fuego ardiente. Era más pequeño, pero a la vez, me parecía infinitamente más fuerte. Sus extremidades estaban intactas; nada en él había sido modificado. Él era puro.

Con la ignorancia de quien desconoce el amor, admiré a ese ser, a ese “bebé” que compartía mi código genético. Este niño creció con afecto y ternura, mientras que yo solo conocía el frío metal de la Vagina Robótica. Mi dolor por la vida se transformó en una única pregunta amarga: ¿Por qué mi creador me odiaba y me quería convertir en un arma?

Una noche, una luz ardiente irrumpió. Me acerqué sin miedo, pero esa luz me atacó. Mis emociones se alteraron, mi código se



convulsionó. La luz me suplantó; se hizo dueña de mi cuerpo, mi mente. Me convertí en un esclavo que observaba desde la oscuridad. Comprendí que nunca había sido digno de la vida, o quizás, que la vida era una cruz enorme, una tortura reservada para el contenedor.

La nueva alma tomó mi cuerpo sin piedad. Utilizaba mi forma para su desarrollo, para sus beneficios. Crecía y vivía a través de mi carne, disfrutando de cada momento. Para mí solo quedaban las sobras. No sabía quién era ni qué debía hacer. No tenía derecho a elegir mi destino; solo me quedaba mi soledad.

Sin saber cuánto tiempo transcurría, la nueva alma conoció el amor. Se entregó a un hombre. Yo observaba, desde el rincón más oscuro de mi ser, cómo se desnudaban y tocaban. Realizaban actos que yo no comprendía, pero que me provocaban un asco y una repugnancia intensos. Me sentía violentado.

En mi exilio interior, en el rincón más alejado de mi propio cuerpo, intenté conocerme al tocar mis extremidades. Sentía heridas abiertas, cicatrices. Miré mis pies: largos, huesudos, con las puntas de un azul fuerte. Mis dedos estaban helados; eran incapaces de generar algo llamado calor.

La pareja se deseaba constantemente, se tocaban. Yo miraba y cuanto más miraba, más entendía mi odio. No odiaba su pasión, sino mi propia exclusión. Volvían las preguntas: ¿Para qué existo? ¿Por qué soy el único que sufre esta carga?

Mi cerebro y mis emociones se convirtieron en el campo de juego de esa alma invasora. El deseo de que nadie fuera feliz mientras yo sufría se convirtió en mi único credo. Prefería que todos cayeran en el infierno que yo vivía a diario.

Una tarde, el alma que me había esclavizado en un pozo profundo se acercó a mi rincón. Por un instante, pareció querer romper las cadenas que me había puesto. Me alzó contra ella, y en ese momento, la vi de cerca. Yo era más alto y fuerte.

La voluntad de mi Creador, “Destruye la oscuridad”, se encendió con un nuevo significado. El alma invasora era mi oscuridad.

Actué. Decidí destrozarse su garganta, terminar con su vida y su reinado. El alma se fue, dejando un vacío y, por primera vez, el cuerpo fue solo mío.

Lo primero que hice fue encontrar un espejo. Quería ver al ser que era. Mi reflejo reveló un depredador: cicatrices, piel azul morada, dientes filosos, uñas largas. Era muy alto. Mi mirada era de un gris plateado, desprovista de la chispa de la vida.

Caminé hacia la Vagina Robótica 5102545. Tomé las notas del creador. Leí cada informe, cómo me concibieron, cómo destruyeron mi sistema nervioso, cómo modificaron mi código genético: “la entidad no fue creada para ser amada, sino como un prototipo de contención. Se diseñó como un receptáculo biológico avanzado, capaz de resistir y almacenar una fuerza espiritual de alta densidad (el alma invasora), cuyo propósito era guerra y expiación. El dolor constante fue un mecanismo de autodestrucción retenida para asegurar que el receptáculo solo pudiera cumplir su función programada: destruir la oscuridad que el creador, o quizás el mundo, no pudo confrontar. El sufrimiento era el combustible”.

El regalo de mi Creador no fue la vida, fue un mandato. Él me quitó el regalo de la muerte para que pudiera cargar con su propia venganza. Ahora, con las cadenas rotas y el cuerpo recuperado, la única verdad que me quedaba era mi propósito: destruir. El dolor ya no era solo mío, sino el arma que desataría sobre un mundo que me había negado el calor, el tiempo y el amor.



# Por amor nace el infierno

María Eugenia Molina Vivas

## 13 de noviembre, 12:35 p. m. – La luna en el cielo

Amada mía, hoy luces bella. ¿Quieres que yo, tu caballero, lave tu rizada melena? Debes recordar, amor, que jamás dejaré de amarte. El corazón de mi sistema, junto con mi alma, te pertenecen. Mi dama, cubre tu cuerpo, que hoy la luna está en el cielo mirando tu belleza; pienso que nadie más tiene derecho a verte.

## 17 de noviembre, 5:40 a. m. – Notas en Word

Volví a escribir en la computadora sobre los avances del KER. Estoy seguro que esta bacteria logrará curar a mi amada. Tengo que volver rápido con ella, pues han pasado cuatro días que la dejé sola, postrada en cama. Su temperatura es aceptable, su cuerpo está fresco, pero ella es frágil como el vidrio; cualquier día se quebrará.

## 21 de noviembre, 3:00 p. m. – De vuelta a casa

Querida, ya llegué. Mira, traje nuevos medicamentos que podrían curarte. Pronto te levantarás para reír, caminar o correr. En estos días que estuve en el laboratorio en Ucrania, descubrí que el KER puede restaurar todas las células muertas o inservibles. Mis superiores mencionan que falta un “conejillo de indias” y más pruebas.

## 27 de noviembre, 9:14 p. m. – KER en el sistema

Amada mía, tengo que moverte boca abajo para revisar tu columna. Mientras lo hago, noto que tu piel, antes rosada, viva, se ve blanca y apagada. Su respiración es lenta, casi nula; su mirada perdida. Saco la jeringa lista con la bacteria. Al ingresarla, todo su sistema nervioso reacciona: esa red compleja se enciende.

## 28 de noviembre, 4:45 a. m. – Sistema autónomo

Escucho un ruido extraño en la recámara. Su respiración suena alterada; parece que sus funciones involuntarias se han acelera-

do. Se altera cuando me acerco a la habitación. Su voz suena tan ronca que parece que gruñe en vez de hablar. Abro la puerta y lo que veo me horroriza: las glándulas y el músculo cardíaco se marcan con fuerza en su cuello.

### **3 de diciembre, 3:00 p. m. – ¿Por qué?**

Lloro cada día. Tuve que amarrar sus muñecas porque cada vez está más agresiva. Su cuerpo muestra cambios notorios: el color de su piel es cerúleo. Sus ojos, antes apagados, ahora son amarillos y anaranjados. Cuando no estoy cerca, entra en un tipo de trance, pero el sonido de mi celular la despierta y la altera al instante.

### **12 de diciembre, 5:50 p. m. – Guadalupe**

En el laboratorio, la doctora Guadalupe me exige que explique dónde está la muestra de la sección B. Le pido se calme, pero ella me detiene de golpe. Me dice que la bacteria —ese microorganismo procariota que estábamos estudiando— ha mutado de una manera indefinida. La rata de prueba muestra otra tonalidad y ojos distintos, lo más sorprendente es que está muerta, y aun así, se mueve.

### **15 de diciembre, 8:00 p. m. – Cárcel de laboratorio**

Estoy encerrado, sin modo de comunicarme. ¡No entren en esa habitación! Esa cosa ya no es mi amada. Creí que la salvaría, pero la convertí en un ser capaz de devorar carne; un ser muerto. La doctora Guadalupe entra y me muestra en la computadora a un equipo de extracción. Están armados hasta los dientes. Entran en mi casa y se escuchan los gemidos que provienen de la habitación.

### **20 de diciembre, 7:00 a. m. – Culpa**

Mi mente repite lo sucedido. Al entrar, los soldados vieron la cama cubierta de sangre seca color azul. El capitán susurró que había una mujer al fondo del armario. Poseía sentidos agudos y una fuerza sobresaliente. Ella tomó al soldado. Era más grande que su presa. Sangre por todas partes.

### **22 de diciembre – Video del soldado**

En el video del casco militar vimos las mutaciones. Mi amada era más grande y aterradora. Sacudió a los soldados y los lanzó contra las paredes. Su cuerpo estaba hecho para cazar: músculos potentes y velocidad increíble. Fue una masacre. Ellos disparaban sin parar, pero aunque ella era torpe para esquivar las balas, no se detenía.

### **24 de diciembre, 6:00 a. m. – Los muertos por el río**

Desde mi celda, escucho en la radio que la sociedad no puede contener la situación. La doctora Guadalupe me mira con ira. Los infectados parecen sentirse atraídos por la presencia humana y, con sus cuerpos adaptados, cruzan los ríos como si nada.

### **29 de diciembre, 2:00 p. m. – Toque de queda**

La doctora me dice que la bacteria KER es un milagro, pero no previmos su capacidad. Dice que no es solo mi culpa, sino de todos nosotros por querer jugar a ser Dios. Lo “magnífico” de la bacteria es que se une al sistema nervioso central, permitiendo una comunicación interna de milisegundos.

### **31 de diciembre, 1:00 a. m. – ¿Qué lugar es seguro?**

Ya están aquí. Los estoy viendo por la ventana; hay cientos de ellos rodeando el laboratorio. Que Dios me perdone, Dios me ampare. Cristo, sálvanos.

### **2 de enero, 11:00 p. m. – Salvando el pellejo**

Corro con mi colega Guadalupe. Ambos llegamos a una conclusión: la bacteria toma el control total y el ser original muere, pero el cuerpo regresa a la vida como un autómatas. Ataca a todo ser vivo, no reconoce a nadie y no razona. Simplemente cazan. Por lo visto, la única manera de detenerlos es destrozando el cerebro.



## Prueba de Infidelidad

Maricarmen Aguirre Urióstegui

**E**ra el verano de 2125 en la Ciudad de México. Las sillas voladoras se habían apropiado de toda la vista en el horizonte. Se sentía una vibra de esperanza porque desde hacía un par de años científicos habían descubierto que se podía curar el cáncer con las arenas de la Luna. La lucha contra el cáncer ya era posible y las batallas en el tráfico habían disminuido considerablemente desde que existían las sillas voladoras.

Aura trabajaba en un laboratorio que se dedicaba a hacer pruebas biológicas para diagnosticar trastornos psicológicos y comportamientos. Los psicólogos ahora se podían ahorrar meses de test de comportamiento y de terapia; con sólo una toma de saliva, podía saberse si la persona estaba enferma. Héctor trabajaba en un laboratorio que se dedicaba a hacer pastillas contra el cáncer con las arenas de la Luna. Un mes debía ir a expediciones a la Luna y un mes debía estar trabajando en la Tierra.

Sus trabajos eran tan demandantes que habían mermado su matrimonio. Durante los últimos años, eran sólo como compañeros que compartían habitación. Cuando intentaban hacer algún esfuerzo para fortalecer su relación, Héctor ya tenía que regresar a la Luna.

En uno de los meses que Héctor se encontraba en la Tierra, Aura se propuso a mejorar su relación. Una noche, preparó una cena deliciosa para recibirlo después del trabajo. Pasaron horas y Héctor no llegó a la hora acordada; llegó dos horas después con un cansancio fuera de lo normal. Aura tuvo un mal presentimiento.

Al día siguiente, en el laboratorio de Aura, estaban celebrando una gran novedad: después de años de investigación y pruebas, por fin tenían la tan demandada prueba de infidelidad. Ahora, con sólo una prueba de saliva, se podía asegurar si la pareja no era fiel. Aura, completamente ansiosa, tomó sin permiso una de aquellas pruebas. Estaba decidida a saber la verdad acerca de su marido.

Aquella noche, Aura esperó a que Héctor se quedara profundamente dormido. Tomó una muestra de saliva de su boca vencida por el cansancio y la depositó en la tan anhelada prueba. La noche fue atormentadora para Aura porque la prueba tardaba ocho horas en dar el resultado. Amaneció, Héctor se levantó para ir a trabajar, se marchó y aún faltaba una hora para los resultados. A las siete de la mañana la prueba arrojó una luz verde: era positivo a infidelidad. Aura azotó la taza de café que estaba tomando y rompió en un llanto ensordecedor.

Esa misma tarde, Aura volvió a perseguir a Héctor hasta los departamentos de la colonia Roma. Esta vez, salió acompañado con una mujer diez años menor que él, quien lo despidió con un apasionado beso. Aura se desbordó de sí misma; bajó de la silla voladora y se dirigió hacia a ellos. Cacheteó a su marido en frente de una multitud curiosa y tomó de los cabellos a la señorita; apenas pudieron separar a las mujeres. En ese momento, Aura terminó con Héctor y le dijo que no quería volver a verlo jamás.

Durante las siguientes semanas, Aura tuvo un comportamiento errático: contestaba neurótica a sus colegas del trabajo y por las noches subía a su silla voladora con la que volaba a toda velocidad por toda la ciudad, como si quisiera escapar de su dolor. Su comportamiento empeoró cuando se enteró de que Héctor vivía con la amante. Varias veces la encontraron llorando en el laboratorio acompañada de una botella de ron. Los fines de semana, dormía hasta pasadas las doce del día y dejó de comer.

El 21 de septiembre de 2125, una bandada de sillas voladoras se dirigió al laboratorio de Héctor. La mayoría de los que volaban iban vestidos de blanco: eran doctores, enfermeras y pacientes. Llevaban consigo pancartas que manifestaban su desconcierto, pues los efectos secundarios del tratamiento con las arenas de la Luna estaban matando a los enfermos. Doctores y enfermos gritaban al unísono. Pronto llegaron reporteros de diferentes partes del mundo para cubrir la noticia. Los trabajadores del laboratorio, incluido Héctor, salieron para escuchar los reclamos de los

pacientes. Las cámaras enfocaban el patio del edificio donde se concentraban los manifestantes.

De repente, las cámaras enfocaron hacia arriba. Una mujer desnuda estaba parada en su silla voladora. Su aspecto era descuidado, casi parecía una indigente. Se hincó para tomar un cartel de encima de la silla que decía: “¿Por qué me has hecho esto, Héctor?”. La mujer empezó a balancearse en la silla. La muchedumbre empezó a cuchichear; algunos gritaban a la policía por ayuda para la mujer. La mujer les dio la espalda a las cámaras, rodeó su cuerpo con sus brazos y se dejó caer. El cuerpo cayó en el centro del patio con un solo golpe ensordecedor. La cabeza se quebró al contacto con el piso. La sangre bañó a los laboratoristas que se encontraban en la primera fila donde estaba Héctor. El cuerpo dio sus últimas convulsiones mientras la gente gritaba enloquecida. Héctor reconoció el tatuaje de la mariposa en el muslo izquierdo de la mujer. Era Aura. Así fue como la primera prueba de infidelidad se cobró la primera vida, la primera víctima.

Aunque el laboratorio supo del caso de Aura, aun así, aprobaron la producción de la prueba de infidelidad. Pudo más la ambición de las ganancias monetarias que la prudencia de cuidar la salud mental de las masas. Fue así como los casos de divorcios y suicidios se incrementaron al doble los siguientes meses. El gobierno intentó regular la venta de la prueba de infidelidad, pero lo más que pudieron lograr fue que ésta se vendiera junto con un par de sesiones terapéuticas para ayudar al consumidor. Sin embargo, la terapia no era suficiente para apaciguar el impacto por los resultados de las pruebas de infidelidad: los usuarios (la mayoría mujeres) seguían suicidándose como alguna vez lo hizo Aura.

**Maricarmen** estudia Creación Literaria en la **UACM**. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.

*Soledad del universo*

se terminó de imprimir en 2026,  
en el Laboratorio de Comunicación Gráfica  
del Plantel San Lorenzo Tezonco de la  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Se imprimieron 30 ejemplares en papel Bond de 75 g.  
Para su formación se utilizaron tipos de la familia Source Serif Variable,  
diseñada por Frank Grießhammer

Copyright © 2026

*Editorial Lumbre*. Proyecto autogestivo de la  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.  
Plantel San Lorenzo Tezonco.

Producción editorial del Laboratorio de Comunicación Gráfica  
del Plantel San Lorenzo Tezonco

Equipo editor: **Intrépidos**.

Edición: **Giselle Rosas**. Ilustraciones: **Romina Narciso**. Diseño y formación: **Luz María De la Campa**.

Producción: **Magaly Angeles**. Distribución: **Fernando J. Arroyo**. **Giselle Rosas**

Recursos digitales : **Marisela Ortiz**.

Primera edición marzo 2026

Impreso en México

Esta es una obra de *copyright*, sólo puede ser reproducida si se da claramente el crédito a las autoras y autores, a la Editorial Lumbre y si se publica también bajo licencia de *copyright*. Lo contrario es una violación del principio de colaboración y de libre circulación de las ideas.

**“Es el fin.”** Todo sentir humano será reemplazado por la máquina tecnológica, rostros sin brillo se verán pasar sobre una ciudad con movimiento pero sin futuro, resultado de los malos algoritmos. El amor y la infidelidad serán atravesados por la ambición de obtener la perfección. Se rebasara todo límite de conocimiento para encontrar la cura y la verdad, poniendo en juego la existencia de la humanidad.

Esta antología nos muestra lo poderoso y a la vez lo frágil que puede llegar a ser el hombre, el cual hará todo para crear seres y sociedades perfectas sin ver las consecuencias fatales de tal atrevimiento, y para reparar los daños tendrá que enfrentar y abrazar sus miedos con valentía si quiere preservar su especie.

**Lumbre** es una editorial experimental y autogestiva creada para la comunidad del Plantel San Lorenzo Tezonco de la UACM. Publicamos libros y materiales que buscan abrir conversaciones, provocar ideas y generar encuentros a partir de la lectura. Te invitamos a visitar nuestra página web y explorar los recursos digitales que amplían y acompañan esta publicación.

